

Alvaro Wille, maestro entomólogo

Luko Hilje Q.

Hace un tiempo, en un texto que escribiera sobre los aportes del Dr. Clodomiro Picado en el campo del manejo de plagas agrícolas, destacué que fue un pequeño pero provocador artículo suyo titulado “Historia del gusano de la guayaba” (publicado en 1920) el que me indujo a pensar que, aún siendo un biólogo en ciernes, eventualmente podría contribuir al desarrollo del país como investigador en áreas más aplicadas, como la entomología agrícola o forestal.

¡Y no fue cuento! Un año después de haber iniciado la carrera de Biología en la Universidad de Costa Rica, puesto que el pensum era suficientemente flexible y permitía tomar cursos de otras escuelas, “cruce la calle” para matricularme en dos cursos de la Facultad de Agronomía: Entomología General, así como Entomología Económica al siguiente año. Y esa precoz decisión marcaría para siempre mi vida profesional, colmándome hasta hoy de logros: formar jóvenes en manejo ecológico de plagas, hacer aportes científicos originales y entregarlos a los agricultores.

Pero, viéndolo en retrospectiva, nunca habría alcanzado mis anhelos y metas si no hubiera sido por el cercano contacto académico con científicos de primer nivel -me atrevo a decir que incluso en el plano mundial- como el Dr. Alvaro Wille Trejos, entonces director del Museo de Insectos, del cual fuera su fundador y lo dirigiera por 23 años. Al alero de dicho Museo, pues ahí laboraríamos después como ayudantes de su curso -el asistente de investigación de don Alvaro era Enrique Orozco, diligente y capaz-, se formarían las primeras generaciones de entomólogos del país, encabezados por William Ramírez y Gilbert Fuentes, y seguidos por Luis Fernando Jirón, Francisco Fallas, Elizabeth Carazo, Víctor Cartín, Gilberto Corrales y Francisco Álvarez.

Estimulado por las gratas enseñanzas de don Alvaro, me afilié entonces a un minúsculo grupo de discusión entomológica en la Escuela de Biología, donde departíamos varios compañeros de afanes análogos, como Fallas, Jirón, José A. Vargas y Ricardo Hernández, junto con nuestro profesor Sergio Salas. No importaban la fatiga al final del día ni los compromisos pendientes de estudio, con tal de dedicar una noche por semana a esos encuentros tan formativos, abundantes en información y criticidad. Y, cuando podíamos, nos íbamos algunos sábados a trabajar hasta muy tarde en la noche en las valiosas pero muy deterioradas colecciones del Museo Nacional, que su director Luis Diego Gómez se había propuesto restaurar, junto con tantos aspectos de aquel entonces alicaído Departamento de Historia Natural.

Pero, volviendo a nuestro grupito, tal era la influencia intelectual de don Alvaro que, cuando publicamos nuestro boletín -que abortó para el segundo número-, lo bautizamos “*Trigona*”, que

es el nombre genérico de algunas de las melipónidas o abejas sin aguijón (denominadas jicotes, atarrás, arragres, congos o enredapelo), a cuyo estudio él dedicó toda su vida profesional.

Tras cursar la secundaria en el Liceo de Costa Rica y el Colegio Omar Dengo, entre 1947-1949 este primo de otros destacados científicos -como los doctores Alfonso Trejos Willis y Gabriel Macaya Trejos- participó en una recolección de mamíferos y aves del país para la Universidad de Kansas, lo cual le abriría la oportunidad de ser becado por dicha Universidad. Allá en Lawrence obtuvo el bachillerato en Zoología (1954), para lo cual realizó un detallado estudio anatómico de murciélagos nectarívoros, y la maestría en Entomología (1955). Y, cuando estaba a medio camino con su doctorado (que culminaría en 1959), el rector don Rodrigo Facio, promotor de la célebre Reforma Universitaria de 1957, lo descubrió y repatrió.

Casado ya entonces con la antropóloga Dra. María Eugenia Bozzoli -profunda estudiosa de varios de nuestros grupos indígenas y Premio Nacional de Cultura en 2001, con quien procrearía a Leticia y Alvaro-, al regresar al país en 1959 se incorporó a la Facultad de Agronomía. Ahí, además de notable docente, dedicó casi medio siglo a estudiar la taxonomía y el comportamiento de las abejas jicotes, lo cual plasmó en unos 40 artículos publicados en revistas de gran prestigio (pero siempre publicó en español también, para divulgar sus hallazgos localmente), incluyendo la célebre "*Annual Review of Entomology*".

Pero, insatisfecho con su labor tan especializada, en sus últimos años de actividad científica su espíritu de naturalista lo llevó a internarse por períodos prolongados en las montañas del suroeste del país, de lo cual resultaría el libro "*Corcovado: meditaciones de un biólogo*", que recibiera el Premio Nacional Aquileo Echeverría en 1983 (dicha obra fue reeditada en 2001 con el título "*Reflexiones y estudios de un biólogo en las selvas de Corcovado*").

Hace casi un año, tras unos 20 años de no verlo, lo visité en su lecho de enfermo junto con mi colega Víctor Cartín, y le conté la siguiente anécdota, ante lo cual se rió con humildad y cierta timidez. Cuando llegué a cursar mi doctorado a la Universidad de California, al percatarse de que yo era tico, dos profesores -graduados de Kansas- me preguntaron que si conocía a Alvaro Wille. Entonces el más joven me dijo que aún se le consideraba uno de los más distinguidos egresados de entomología de dicha universidad, en tanto que el otro -compañero suyo de clases- me contó que a su brillo intelectual se sumaba una incomparable habilidad manual en microcirugías, relatándome cómo lo vio disecar la cabeza de un insecto con verdadera maestría en pocos minutos. ¡Mayor orgullo no pude sentir, como compatriota y también como discípulo suyo!

Hoy, con inmensa justicia, a sus 77 años y seriamente enfermo, la semana pasada el Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio) le entregó un reconocimiento especial por sus notables y pioneros esfuerzos por contribuir en la comprensión de la biología y ecología de las abejas jicotes, las cuales -a diferencia de la abeja común, que es de origen europeo- son nativas de las regiones neotropicales. Aquí polinizan numerosas especies de nuestros bosques, así como también cultivos alimenticios de origen mesoamericano, como el chayote, ayote, zapallo y chiverre. Asimismo, además del valor medicinal de su miel, la compleja estructura de sus nidos -sobre lo cual don Alvaro escribió un texto completo- ha sido una fuente de valiosas ideas para lo que hoy se denomina bioarquitectura de edificios, según me lo comentaba recientemente el

colega Humberto Lezama, curador del Museo de Insectos.

Entonces, ¡feliz día, admirado maestro de tantos de nosotros! Y afortunadas también las decisiones de Karl Wille Kopfer y Frieda Lüring -aquellos abuelos alemanes que, inducidos por la lectura del famoso libro de Wagner y Scherzer sobre Costa Rica, publicado en 1856, viniera a morar en esta tierra entre 1870 y 1880-, así como del visionario Rodrigo Facio, quien tomó una decisión atinada y sabía que, estoy seguro, él sabía que daría extraordinarios frutos a la Universidad y al país. Sí, ¡feliz día, querido maestro!

Noviembre, 2005